

CAPÍTULO 1

6 años tenía, recuerdo bien, cuando le pedía a mi mamá me platicara los detalles de su boda. No le veía ganas de platicarme, lo poco que me narraba no era suficiente para satisfacer mi curiosidad; estaba obsesionada en saber más. Cuando la tía Dulcita se enteró por boca de mi mamá de mis deseos, se ofreció para ponerme al tanto de lo que ocurrió desde la ceremonia religiosa hasta la culminación de la fiesta. La tía prometió ir a la casa dos o tres veces por semana, por las tardes, para los encuentros narrativos.

Me emocionaba saber que la tía abuela me referiría con lujo de detalles lo que pasó en la iglesia, durante el recorrido, y en el bodorrio.

Se dio el primer encuentro. La hermana de la mamá de mi mamá tomó posesión de uno de los sillones de la sala, el que era para dos personas; me pidió que me acostara en el mueble. Mi cabeza la descansé en su pierna derecha. Mientras narraba la historia, con sus manos jugaba con mi pelo; me arrullaba. A veces me quedaba dormida, aunque casi siempre permanecía atenta.

Tus papás, Celeste y David —inició el relato la parienta con acento pausado—, al salir de la iglesia se subieron a un carruaje tirado por dos caballos blancos que los esperaba en la entrada; lo conducía un joven pariente nuestro que vestía traje de charro. El carromato tenía un ramo de flores en las esquinas, y en cada uno de los doce rayos de las cuatro ruedas pequeños adornos florales atados con listones de colores, que al girar se movían al aire.

El cortejo avanzaba en medio del alborozo. De las ventanas y balcones salían voces de alegría. La gente lanzaba pétalos de rosas a su paso. El vestido blanco de tu mamá era de guipur, las mangas cubrían sus brazos y se extendían hasta las manos donde se sujetaban a los pulgares con un listón blanco, rematando en un pequeño moño.

Se veía hermosa —afirmaba la abuela con expresión de alegría—. Su belleza destacaba entre las más bonitas del pueblo. Llena de gracia como no había otra. Desde que salieron de la iglesia, colmada por los invitados, fueron el destino de todas las miradas, no había cosa más interesante que ver. Tu mamá saludaba a quienes a su paso encontraba. Lo mismo hacía tu papá.

Algunos pétalos de los que lanzaban a la pareja —platicaba la tía al tiempo que simulaba quitar algo de mi pelo—, quedaron atrapados entre los risos dorados de ella; cada que podía se los retiraba con el cuidado necesario para no estropear su peinado. Sus ojos destellaban de alegría. Su mirada se posaba en las personas que a su paso

encontraba. En ningún momento dejó de sonreír; sus blancos y alineados dientes resplandecían.

Tu papá caminaba gallardo, con el pecho por delante —continuó la improvisada narradora—. Portaba un traje blanco; el moño del cuello de la camisa era azul oscuro, así como lo ves en la foto que está ahí, colgada de la pared —giré la cabeza para observar la fotografía—. Tu papá era el más apuesto de la región, bueno... todavía sigue siendo muy guapo. Era el modelo de novio que todas las chicas deseaban: caballeroso, fuerte, buen conversador, bromista. Su buen humor nunca decaía. Mujeres y hombres lo admiraban. Los papás de las jóvenes no se quedaban con las ganas de atraer la atención de tu papá para endilgárselo a alguna de sus hijas. No te digo que no había una que otra chamaca atrevida que cuando en la calle se encontraban con tu abuela Carmen, la nombraban “suegra”. Aunque aparentaba ignorarlas se sentía orgullosa. En una ocasión se topó con tres chicas que salían de la escuela, le dijeron: ¡Suegra! En tono alto pero atento les contestó: ¡Pues conquístenlo! ¡Yo no voy a hacer el trabajo por ustedes!

Mi irrefrenable deseo por saber todo lo de la fiesta, parecía el presagio de algo.

Ocho cuerdas separaban a la iglesia de la casa de tus abuelos, donde fue la fiesta. Detrás del carruaje iba un grupo de mariachis. —La tía respiró profundo, dirigió su mirada al techo, luego bajó la vista para posarla en un cuadro donde estaba la fotografía de un toro cebú. Continuó con la narración.

Durante el recorrido iban tomados de la mano, se soltaban cuando intentaban atrapar pétalos o flores que les lanzaban. Los vaivenes del carromato movían rítmicamente sus cuerpos. “Será una pareja unida hasta que la muerte los separe”, coreaban animosos los que caminaban en la romería. Tu mamá movía sus brazos como lo hacen las soberanas cuando saludan al pueblo. El amplio vestido de tu mamá la separaba un poco de tu papá. Los ojos de la gente estaban clavados en la pareja que parecía deslizarse sobre un lago de amor. Se desplazaban elegantes, con señorío, uno engarzado en el otro como una joya preciosa.

La tía hizo una pausa, se llevó a la boca una galleta, le dio un sorbo al café, respiró hondo; continuó hablando relajadamente.

A tu abuela le preguntaban: “¿Cómo le hizo, doña Glafira, para crear una hija tan sobrada de simpatía y hermosura?” o “¿Cómo creó tal pieza de arte de fino tallado?” Yo, como tía de tu mamá, también era blanco de esas preguntas. Me hacían sentir orgullosa.

Se casaron aquel sábado 7 de mayo de 1949, en San Rafael, municipio de Martínez de la Torre —recordó la tía con gesto nostálgico—. Ese día había muchas caras alegres, otras no tanto. Quién sabe cuántas chicas vieron desvanecer sus aspiraciones

de ocupar el lugar que con gran donaire colmaba tu mamá. Tu papá, además de los atributos físicos que gustaban a las chicas, se acababa de titular como médico veterinario en la Universidad Nacional Autónoma de México. Le creímos cuando aseguraba no haber tenido muchas novias, le dio preferencia al estudio. A tus abuelos les prometió que el estudio sería primero, y les cumplió. Tu abuelo, de joven era un hombre apuesto, fortachón, de tez blanca, cara lánguida, ojos claros, cejas pobladas, barba tupida. Tu abuela era de San Rafael, también guapa.

La tía destacó una extraña frase: “El vigor de enamorado tu abuelo lo empeñaba a conciencia en el negocio familiar, que tantas ganancia le había redituado”.

Permíteme, hija, tomo otro trago de café y una galletita más y seguimos.

Si quieres que te siga contando de la boda de los que ahora son tus papás, no te vayas a dormir, por favor —decía en tono de amorosa advertencia—.

A la mitad del recorrido, en una casa con helechos que colgaban de los balcones, vivía don Omar Santos, su esposa, y las dos hijas: Miranda, de 17 años, y Blanca, de 18. Lloraban desconsoladamente, estaban enamoradas de tu papá.

Miranda se secaba las lágrimas con un pañuelo de organdí; Blanca usaba otro con dibujos en las orillas. Se lamentaban de no haber podido conquistar al joven profesionista David González. Estaban en el dilema de ir o no a la boda. La cara de desconsuelo de las mujeres era inocultable. Ellas esperaban que alguien les rogara para que fueran al baile. Las pobres no poseían gracia alguna.

Don Omar —retomó la idea la tía Dulcita—, les pidió a las muchachas que entraran a la casa para que se tranquilizaran. Las convenció que fueran al festejo. Les hizo saber que no debían enamorarse de la misma persona, y menos de un casado. El comentario les pareció suficiente para justificar la asistencia a la fiesta. Retomaron la tranquilidad, fueron a su recámara para retocar los estragos provocados por las lágrimas y el uso de pañuelos. La procesión ya había pasado. Salieron de su casa, caminaron a paso rápido para llegar al destino lo antes posible.

Don Omar se lamentaba que sus hijas no tuvieran suerte para conseguir novio, lo hacía saber a sus amistades. Les había prometido que si en el pueblo no encontraban novio las mandaría a España, con unos familiares. La mamá de las chamacas no estuvo en la escena del drama.

Una cuadra antes del lugar de la fiesta, las jóvenes se toparon con unos amigos que iban para el mismo lugar. El encuentro les hizo olvidar la pesadumbre que las había invadido momentos antes.

Cuando llegaron los recién casados entraron directamente a un cuarto donde el fotógrafo y su asistente instalaron lo necesario para las fotografías de la pareja. La sesión de fotografías duró aproximadamente una hora. Una vez que terminaron, a paso

lento caminaron entre los invitados hasta llegar a la mesa asignada para ellos. Se escucharon vivas y aplausos.

A las dos de la tarde el recinto estaba ocupado más de la mitad. Las familias llegaban entusiasmadas; las mujeres del brazo de sus maridos, las hermanas con los hermanos, las novias de la mano de sus novios.

Los invitados escogían los mejores lugares para sentarse. Unos preferían cerca de la música; otros, lejos. Otros más buscaban a familiares o amigos.

Uno de los conjuntos musicales tocaba baladas; alternaba con los mariachis. La gente coreaba las canciones. El tablado para los músicos estaba adornado con telas multicolores de formas circulares, como en las fiestas charras. Al fondo estaba la improvisada cocina; enfrente, la barra con las bebidas.

El menú era: barbacoa, consomé de borrego, carne asada, chicharrones y carne de cerdo adobada. Para tomar: cerveza, tequila, y whisky para los invitados especiales.

Mi tía abuela me propuso que continuáramos al tercer día, tenía que cumplir compromisos el siguiente día. Acepté la propuesta, no me quedaba de otra.

AL CAER la tarde del día señalado llegó la tía abuela; encontró la puerta abierta, entró saludando en voz alta.

—Buenas tardes. ¿Quién está...? —preguntó la visitante.

—Yo, tía, pásele —contestó mi mamá desde la cocina—. ¿Qué la trae por acá?

—Pues a cumplir con mi tarea de contarle historias a la pequeña más hermosa del universo, a la que más quiero —respondió sonriente la tía abuela.

—Bueno, de ser así, bienvenida, tía —contestó mi mamá en tono alegre—. Tengo chocolate batido con molinillo y preparado como a usted le gusta.

—Te lo acepto, sobrina, hace tiempo que tenía ganas de ese chocolate; a ti te queda para chuparse los dedos.

—También le ofrezco pan de huevo, me lo trajeron hoy en la mañana; lo indicado para esta nublada y fría tarde —Inmediatamente le llevó a la sala lo ofrecido.

La narradora preguntó por mí, le dijo mamá que estaba hojeando un cuento que cayó en mis manos: *La Cenicienta*. Le propuso que se acomodara en el sillón de siempre.

La abuela se dejó caer en el asiento, tomó la tasa con chocolate de la mesita cercana, dio un sorbo; por el momento no tomó el pan. Cuando me avisó mi mamá que había llegado la tía dejé el cuento que estaba hojeando, me dirigí a la sala, la abracé, tomé la posición de siempre, le dije:

—Ya puedes comenzar tía hermosa.

—¿En qué nos quedamos, hija?

—En la comida.

—Ah, bien, sigamos.

Agregamos mesas por que llegó más gente de la invitada; lo habíamos previsto. Había comida y bebida para todos.

De pronto, el cantante interrumpió la canción para anunciar el brindis que ofrecería el padrino. La gente se puso de pié, aplaudieron, gritaron vivas a los recién casados. El padrino de brindis subió al templete, se colocó frente al micrófono, irguió su cuerpo, respiró profundo, inició el discurso. Habló de las virtudes de la pareja y del feliz futuro que les esperaba; finalmente pidió a todos levantar sus copas para brindar por la dicha de los recién casados. Después de los aplausos continuó la música; el cantante aprovechó el momento para expresar frases de elogio. Las muchachas destilaban alegría a borbotones.

El vocalista —prosiguió la tía—, invitó a los presentes para que hicieran un círculo en torno a la pareja mientras bailaban el vals. Otro, con dones de animador, propuso que levantaran y agitaran sus brazos al compás de la melodía y que corearan los nombres David y Celeste. Tu mamá sonreía emocionada. Solo tenía ojos para tu papá, no le quitaba la vista de encima. El velo caía sobre su cara, apenas tocaba su afilada y respingada nariz. En cuanto terminó el baile de los novios los meseros empezaron a servir la comida. Aunque hubo más personas de las invitadas a todos se les atendió por igual.

El relato de la fiesta me mantenía embelesada; la abuela tenía fama de buena conversadora, hasta los chismes contados por ella adquirían relevancia. Mi imaginación se nutría con esas narraciones.

La plática abundaba en detalles. La tía Dulcita podía pasarse muchas tardes atrayendo mi atención.

La tía se levantó, caminó a la cocina, solicitó algo y regresó para continuar.

COMO A LAS 5 y media de la tarde terminaron de comer. Por micrófono se anunció la partida del pastel; la pareja se acercó a la mesa, ambos unieron sus manos para sujetar el cuchillo, partieron la primera rebanada. En la cúspide estaba colocada la pareja de muñequitos de dulce. Los meseros, con ensayada rapidez, se encargaron de cortar y repartir el resto.

Esa noche me sentí arrullada por el relato de Tiita. No pude vencer el sueño, me quedé dormida. Ella aprovechó para comentarle a mi mamá que los encuentros conmigo para comentar la boda, debían concluir.

—Celeste: he pensado que debo terminar con la historia de tu boda, solo vendré una vez más a contársela, le diré que no hay más. Me va a pesar porque está muy

interesada pero hay terminar con esto, no debemos crearle la idea de que así deben ser todos los casamientos —Las dos se despidieron con un beso en la mejilla.

La tía acudió a la cita hasta el sábado siguiente. Llegó cuando el reloj colgado de una de las paredes del comedor marcaba las cinco con treinta y cinco. Tocó, entró, saludó a quienes se encontraban dentro; alguien contestó el saludo. Mi mamá estaba fuera de la casa, la cocinera me avisó que había llegado la parienta.

—¿Ya estás lista, amor? —me preguntó en tono dulce al tiempo que se sentaba en el sillón. Le dio un trago al café, inquirió si aún había pan de huevo; se lo llevaron minutos después.

—Ya estoy lista para escucharte —le contesté a mi narradora voluntaria.

Me puse pestañas postizas. Un crucifijo de oro macizo colgaba de mi cuello. Mi vestido era azul claro; el saco, azul oscuro. La blusa y las zapatillas eran rosadas.

A media fiesta no soportaba las zapatillas, me dolían los pies. En dos ocasiones me senté para descansar. En lugar de mesas se usaron tablones unidos entre sí, pintados de azul con blanco. El lugar estaba guarnecido con lonas atadas de alcayatas clavadas en las paredes. Bajo una arcada había sillas de montar sobre estructuras de madera. Los olores de la comida y de las flores no fueron suficientes para esfumar el olor a caballos, las caballerizas estaban al lado. El agua de jamaica estaba a un lado de la barra de cantina, en unos peroles. La mesa de los nuevos esposos era redonda, la cubría un mantel de lino blanco con borlas en la orilla y en el centro flores bordadas en alto relieve.

En tono suplicante le propuse a la tía de mi mamá que continuara. No sabía que era la última conversación que tendríamos sobre la boda.

Tu mamá, parada junto a su mesa, platicaba con las mujeres que se acercaban. Sus grandes ojos se entrecerraban cuando sonreía. Las muchachas se arremolinaban para compartir la alegría y la emoción por la unión de la pareja. Tu papá no paraba de saludar a los hombres, uno por uno. Le sonrojaban las bromas de los amigos.

—¿Qué pasó con las dos mujeres que lloraban por mi papá?

Ah, sí, Miranda y Blanca... Se acercaron a tu papá para felicitarlo, parecían fingir alegría por el matrimonio. Ambas, de soslayo pero sin ocultar su pasioncilla, miraban a la radiante esposa que disfrutaba la pertenencia al chico más codiciado del pueblo.

Al final del encuentro, la tía me reprodujo el comentario que hizo una señora con fama de adivinadora.

Te comento que una comadre me hizo saber que a la fiesta asistió una señora de nombre Juana Bujaidar, apodada doña Brujaidar por su fama de adivinadora. Le dijo que el matrimonio de tus padres estaría marcado por el mal fario, que el daño recaería en alguno de sus descendientes. Agregó que tus papás radiaban tanta belleza y

esperanza que no escaparían a las envidias de la gente mala. Recomendó que tus ellos debieran acudir a un hechicero para que los liberara del hechizo.

El comentario se quedó sembrado en mi mente. El sobrenombre Brujaidar lo recordé siempre, lo asocié con algo negativo. Hubiese deseado que mi querida tía no me hubiera comentado nada.

UNA SEMANA ANTES de cumplir catorce años nos mudamos a Papantla, pueblo asentado en terreno irregular con subidas y bajadas. La gente se conocía entre sí, el ambiente era cordial.

En el centro del pueblo había un parque con árboles de follaje verde, uno junto al otro, creando un efecto de bastidor alrededor del jardín.

El lugar estaba dominado por la familia Bustanni Galli. Se dedicaban a la crianza y venta de ganado, también tenían sembradíos de vainilla, naranja y limón. La tienda de abarrotes más grande del pueblo era de ellos, igual que una farmacia. De su propiedad era una tienda de ropa y una panadería, famosa por el pan de huevo cocido con leña. El dependiente colocaba las piezas en un pedazo de papel de estraza, unía las esquinas, le daba un par de vueltas al envoltorio; lo entregaba al cliente.

En la vitrina de la izquierda se encontraba el pan ácimo para cierto tipo de comidas. En la de la derecha, el pan dulce y de sal.

Les fiaban a los clientes cuando no se completaban para el pago; los compromisos eran a la palabra.

Participaban en otras actividades de las que no se hablaba. Tenían dinero y buenas relaciones con el gobierno. No era común escuchar malos comentarios de esa familia.

Al morir su marido, doña Carola Galli, mamá de Bladimir y de Ricardo, quedó al frente de la familia.

Nos mudamos a ese lugar porque papá tendría trabajo asegurado como médico veterinario; en el pueblo solo había uno. También había escuelas donde yo podía estudiar.

En Papantla trabajaban todos: los hombres, las mujeres y los jóvenes. La economía era buena. En cada casa había un huerto y aves de corral para consumo familiar. Las mujeres solo usaban pantalones para realizar tareas de campo; se protegían de la picadura de algún animalejo o la pinchadura de espinas.

Ricardo, el hermano de Bladimir, tenía cejas pobladas, tez blanca, estatura mediana, rasgos españoles, pelo amarillento, mirada lujuriosa.

Los domingos, la muchachada se reunía en el parque. Los hombres caminaban en un sentido y las mujeres en el contrario. Se veían, sonreían, ellos las invitaban a sentarse con el propósito de entablar amistad o noviazgo.

Caras llenas de alegría y esperanza. En sus chispeantes ojos se podía ver cómo los sueños se entremezclaban con la realidad de su mocedad.

En el centro del parque estaba un quiosco donde vendían tortas y pambazos y nieves de varios sabores. Alrededor había bancas de hierro fundido y macetones como de mármol.

CAPITULO 2

La fiesta de mis quince años fue inolvidable; viví el mundo rosa de los cuentos. Asistió el chico que aceleraba mi corazón: Paulo Emilio. Hizo su servicio social ahí y luego instaló su consultorio médico. Estudió medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó con mención honorífica. Era alto, educado, atlético, pelo castaño, ojos claros. Pertenecía a una familia unida y amorosa. En las conversaciones me platicaba de sus papás y de toda la familia.

La primera pieza musical la bailé con él. Era carismático. Se nutría del conocimiento de los demás según me lo aseguraba. Como médico era acertado en sus diagnósticos: sus pacientes sanaban a la primera receta. Estaba labrando fama de buen médico. ¡Por supuesto que llamaba mi atención! Yo también le atraía. Disfrutamos el baile. Todas las miradas estaban sobre nosotros.

Luego bailé con mi papá, después con primos y con compañeros que me lo solicitaban. Mientras danzaba, el joven médico permanecía al lado de la pista de baile. Sus ojos no dejaban de mirarme, en ningún momento dejó de sonreír; sólo a mí me veía. Cuánto hubieran dado las otras chicas por bailar una pieza con mi pretendiente. Sin control, mis ojos lo buscaban como los árboles buscan el sol.

Mi papá invitó a la fiesta al señor Bladimir con quien había hecho buena amistad. Le participó a papá que él obsequiaría varias botellas de vino importado y algunos embutidos. Aparentaba unos 40 años, era soltero, nunca había estado casado; su plática era amena, según mi papá. Familiares nuestros que se enteraron del “detalle”, supusieron que lo hizo porque mi papá, que sabía de ganado, salvó a varios de sus animales de una epidemia, y que según con esto le devolvía el favor. Mi papá y él se habían caído bien.

AL BAILAR, mi pretendiente balanceaba su cuerpo con lentitud pero con ritmo. Junto a él las canciones me envolvían; la fiesta era el mundo de los dos. Bladimir conversaba alegremente con mi mamá cuando papá recorría las mesas saludando a los invitados.